

Monseñor Romero visto desde la academia

## Monseñor Romero: el valor de su palabra en tiempos de odios, amor y esperanza

Carlos Gregorio López Bernal  
Universidad de El Salvador  
cglopezb@gmail.com

### Resumen

Este artículo pretende acercarse al pensamiento y acción pastoral de Monseñor Romero, a partir de la problemática de país en los años 1977-1980, tomando como antecedentes las dos décadas anteriores. Muestra que las demandas de justicia y respeto a los derechos humanos de Monseñor están fundamentadas en su fidelidad a la iglesia. Ese compromiso lo puso en conflicto con los sectores más radicales de la derecha y la izquierda. Se sostiene que para la mejor comprensión de su legado es importante estudiar su pensamiento en sus textos pastorales, su diario y sus homilías.

**Palabras clave:** El Salvador, guerra civil, Iglesia Católica, Monseñor Romero

**Abstract**

*This article pretends to approach the thought and pastoral action of Monsignor Romero, from the problematic of country in the years 1977-1980, taking as antecedents the two previous decades. It shows that the demands of justice and respect for the human rights of Monsignor are based on their fidelity to the church. That commitment put him in conflict with the most radical sectors of the right and the left. It is argued that for a better understanding of his legacy it is important to study his thought in his pastoral texts, his diary and his homilies.*

**Keywords:** *El Salvador, Civil War, Catholic Church, Monsignor Romero*

## Apuestas de modernización y cambio

El Salvador vivió en las décadas de 1950 y 60 un interesante y prometedor proceso de reformas orientadas a modernizar Estado y economía, a la vez que se abría la posibilidad de una ampliación de la democracia, se sentaban las bases de los principios de justicia social, a partir de los postulados de la progresista Constitución de 1950.<sup>1</sup>

Se trató de diversificar la economía nacional a través de la industrialización por sustitución de importaciones y la integración económica regional en el marco del Mercado Común Centroamericano (MERCOMUN) se crearon instituciones orientadas a impulsar el desarrollo de la economía con una mayor intervención del Estado, por ejemplo la Comisión Ejecutiva del Río Lempa (CEL) y la Comisión Ejecutiva Portuaria Autónoma (CEPA), la primera dedicada a la explotación de energía hidroeléctrica y la segunda a construir y modernizar la infraestructura aéreo-portuaria. También fue en esa época que se impulsaron las primeras políticas sociales de Estado realmente funcionales en la historia nacional, por ejemplo el Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS), el Instituto de Vivienda Urbana (IVU) y

el Instituto de Colonización Rural (ICR).

La apuesta de El Salvador por la industrialización requería un mercado mayor; de allí la importancia del MERCOMUN, pues creaba una zona de libre comercio regional que estimulaba la producción y el consumo nacional, enviando los excedentes al mercado centroamericano. Un ambiente de optimismo dominaba entonces en el país. “Compre, consuma y use lo que el país produce”, era el lema de una campaña lanzada por la Asociación Salvadoreña de Industriales (ASI) en 1960.<sup>2</sup>

En concordancia con esas ideas, en 1960, el gobierno de José María Lemus presentó a la Asamblea Legislativa una iniciativa de ley para fijar un salario mínimo para el sector agropecuario. Primero hablaba de los esfuerzos del gobierno para incentivar las actividades económicas, luego señalaba que esas apuestas económicas demandaban “un crecimiento parejo de la demanda, cosa que no podrá lograrse mientras subsistan bajos ingresos en los sectores mayoritarios del país”; en tal sentido, los bajos salarios eran un obstáculo al desarrollo “porque los salvadoreños con bajos ingresos no constituyen un mercado que pueda mantener una pro-

1 Roberto Turcios, *Autoritarismo y modernización: El Salvador 1950-1960*. (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003).

2 ———, *Rebelión. San Salvador 1960*. (San Salvador: CENICSH-MINED, 2017), 35.

ducción creciente y diversificada.”<sup>3</sup>

Acompañando los esfuerzos por modernizar la actividad productiva, a finales de la década de 1960, el gobierno de Fidel Sánchez Hernández (1967-72) impulsó una audaz pero controversial reforma del sistema educativo, que por una parte buscaba ampliar la cobertura en educación primaria (1<sup>o</sup> a 9<sup>o</sup> grado), y tecnificar la educación media con miras a formar mano de obra calificada para la creciente industria. El componente que más llamó la atención del proyecto fue la utilización de la televisión para impartir las clases en los tres últimos grados de educación primaria.<sup>4</sup>

Los gobiernos reformistas de los años cincuenta y sesenta, también aumentaron el presupuesto de la Universidad de El Salvador, lo cual coadyuvó a la ampliación y mejora del campus universitario, a la creación de nuevas carreras, especialmente en el área de las ingenierías, economía y administración de empresas, pero sobre todo a un inédito aumento de la matrícula. La educación superior dejó de ser exclusiva de las clases alta y media y se hizo accesible a sectores sociales bajos. Para 1960 el presupuesto para educación superior fue de \$

800,00; en 1970 había llegado a \$ 6.5 millones. Las cifras ciertamente son modestas, pero permitieron un aumento considerable de la matrícula estudiantil universitaria. En 1960, había 2,229 estudiantes, para 1971 eran 12,392.<sup>5</sup>

Además, la Universidad, que hasta entonces solo había funcionado en San Salvador, creó campus en el interior del país, lo cual permitió el acceso a la educación superior a estudiantes de otras regiones. Por otra parte, en la década de 1960, la Universidad vivió una reforma que no solo aumentó la matrícula y amplió la oferta académica, sino que favoreció una creciente toma de conciencia de los problemas del país por parte de docentes y estudiantes. Independientemente de la carrera que cursaran, todos los estudiantes debían cursar las “áreas comunes”, en las que recibían cursos de filosofía, economía y sociología, que los llevaban a discutir los problemas del país. Asimismo, los programas de proyección social acercaron a los jóvenes a los sectores populares; camino que en el transcurso de unos años, llevó a algunos estudiantes a la lucha armada.<sup>6</sup>

3 Citado en *Ibíd.*, 170.

4 Héctor Lindo Fuentes y Erik Ching, *Modernizing Minds in El Salvador. Education Reform and the Cold War, 1960-1980*. (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2012), 162.

5 Paul Almeida, *Olas de movilización popular: Movimientos sociales en El Salvador, 1925-2010*. (San Salvador: UCA Editores, 2011), 118.

6 Joaquín Chávez M., "Catholic Action, the Second Vatican Council, and the Emergence of the New Left in El Salvador (1950-1975)." *The Americas*, 70, no. 3 (2014).

En el ámbito político, en 1960 se fundó el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y en 1961 el Partido de Conciliación Nacional (PCN); dos partidos de diferente signo ideológico, pero preocupados por los cambios y la democracia. El primero nació ligado al proyecto internacional de la Democracia Cristiana y a la Iglesia Católica; el segundo era heredero del Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD) formado por los militares y civiles progresistas que impulsaron la llamada “revolución de 1948”.<sup>7</sup> Pero la apertura no fue más allá de lo que el grupo en el poder, conformado por militares y terratenientes, estaba dispuesto a permitir; por ejemplo, se dio la representación proporcional en la Asamblea Legislativa, pero no se permitía la participación electoral de partidos con tendencias comunistas. Más importante por las

consecuencias a futuro: no había disposición a entregar la presidencia a la oposición en caso de que esta ganara las elecciones.

Las décadas de 1950 y 60 fueron realmente promisorias. En el primer decenio, los productos de agro exportación, principalmente café y algodón, tuvieron muy buenos precios y generaron recursos extraordinarios, algunos de los cuales fueron reinvertidos en la industria; el Estado aprovechó esa feliz circunstancia y aumentó los impuestos a las exportaciones y la renta, sin encontrar mucha resistencia.<sup>8</sup> Por otra parte, el país recibió el apoyo de la Alianza para el Progreso que impulsaba la modernización y la democracia en América Latina, como una manera de contrarrestar simpatías hacia la Revolución Cubana y evitar estallidos revolucionarios; además, en ese decenio, el país comenzó a ver los beneficios de la incipiente industrialización en el marco del MERCOMUN. Buenos precios de los productos de exportación, aumento del intercambio comercial regional y cooperación externa permitieron contar con mayores recursos, sin tensar en demasía las relaciones

---

7 Aunque evolucionaron por caminos diferentes, PDC y PCN tienen algunas confluencias de origen comunes. Antes de fundar el PCN, el coronel Julio Adalberto Rivera se acercó a algunos dirigentes del recién fundado PDC para explorar la posibilidad de que el PDC sostuviera su candidatura presidencial. Las negociaciones no prosperaron por la oposición del ala más “progresista” del PDC. Aun así, algunos miembros del PDC se pasaron al PCN cuando este se creó. Quizá su influencia explique el tono reformista y la preocupación social que marcó al PCN en sus primeros años.

---

8 Véase Héctor Dada Hirezi, *La economía de El Salvador y la integración centroamericana, 1945-1960*. (San Salvador: UCA Editores, 1978); y Víctor Bulmer Thomas, *La economía política de Centroamérica desde 1920*. (San José: BCIE-EDUCA, 1989).

entre el gobierno y el gran capital. Por otra parte, los trabajadores, especialmente los urbanos, recibían algunas señales esperanzadoras de que sus condiciones de vida podían mejorar gracias a la acción estatal.

La apuesta por la integración económica regional parecía prometedora, pero las asimetrías entre las economías nacionales limitaron su implementación. Guatemala, El Salvador y Costa Rica tenían una industria más desarrollada y se beneficiaron más. Por el contrario, Honduras y Nicaragua competían en desventaja pues sus industrias estaban menos desarrolladas. A nivel bilateral, el comercio entre Honduras y El Salvador favorecía al último, que además tenía más de 300,000 salvadoreños viviendo ilegalmente en Honduras. Estos emigrantes ocuparon tierras estatales por años, pero en la segunda mitad de la década de 1960 organizaciones de campesinos hondureños comenzaron a demandar una reforma agraria. Para evitar problemas, terratenientes y gobierno, culparon a los salvadoreños de apropiarse tierras ilegalmente.

Comercio bilateral, migración y tierras provocaron un creciente rechazo contra los salvadoreños en Honduras que pronto dio lugar a una ola de xenofobia. Hubo persecución, abusos, asesinatos y expulsión masiva. El Salvador denunció ante la Organización de Estados Americanos (OEA) la violación a los derechos humanos de los salvadoreños,

pero ante la creciente presión de los medios de comunicación y de la opinión pública, el ejército salvadoreño invadió Honduras antes de que la OEA emitiera una resolución, con lo cual pasó a la condición de país agresor.

Fue una guerra breve, solo duró cuatro días, pero provocó cerca de cuatro mil muertes.<sup>9</sup> El conflicto tuvo graves consecuencias para El Salvador; no solo privó al país de su principal mercado, sino que fracturó el proceso de integración económica regional. Miles de campesinos salvadoreños que vivían en Honduras fueron expulsados, obviamente regresaron sin posesión alguna. Esta situación agravó la problemática económico-social del país, pues agregaba un elemento más a la creciente problemática agraria. Altas tasas de natalidad, estrechez territorial, sobreexplotación de recursos naturales y extrema concentración de la propiedad de la tierra creaban un escenario sombrío, agravado por la poca disposición de los grupos dominantes a cualquier reforma que pudiera afectar sus intereses. Además, el país tenía un sistema político de tendencias autoritarias poco proclive a los intereses de los más pobres.

Los proyectos de reforma y modernización abrieron espacios

---

9 Daniel Slutsky y Marco Virgilio Carías, *La guerra inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador*. (San José, Costa Rica: EDUCA, 1971), 313.

políticos y provocaron cierta movilidad social en los sectores medios, pero fatalmente chocaron con la rigidez histórica del sistema político, agravada en un contexto de guerra fría, y con la imposibilidad de llevar adelante procesos de reforma en el agro, debido a la oposición de los terratenientes. Es decir, la apuesta por la modernización del país colapsó porque no fue capaz de superar tres constantes históricas: la tendencia a la concentración de los beneficios de la actividad económica, la exclusión de los trabajadores del campo de los beneficios económicos y de las políticas sociales del Estado, y el autoritarismo que caracterizaba al sistema político salvadoreño.<sup>10</sup>

Y no obstante, para finales de la década de 1960, la política no podía seguir fluyendo por los estrechos cauces hasta entonces permitidos. La oposición obtenía cada vez mejores resultados electorales; no solo aumentaba su número de diputados y alcaldes, sino que amenazaba con ganar la presidencia, siempre y cuando se respetara la voluntad popular expresada en las urnas, pero esa eventualidad no cabía en los cálculos políticos de los grupos en el poder.

---

10 Véase Turcios, *Autoritarismo y modernización*; y Carlos Gregorio López Bernal, "De las reformas a la revolución postergada: la historia de El Salvador en el siglo XX." *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 14, no. 1 (2017).

### **La década de 1970: antesala de la crisis**

La guerra contra Honduras en 1969 incidió fuertemente en las elecciones presidenciales de 1972. Para entonces ya había pasado el entusiasmo nacionalista que el conflicto bélico provocó en el país; por el contrario, cada vez se hacían más evidentes los problemas que este provocó: regreso de miles de campesinos expulsados desde Honduras, quiebre del MERCOSUR, y una división entre capitalistas y militares. Efectivamente, cuando el presidente Sánchez Hernández comenzó a hablar de reforma agraria, él y su partido se volvieron no confiables ante el sector más conservador del capital que apoyó la candidatura del Partido Popular Salvadoreño (PPS). Por otra parte, las ambiciones presidenciales no satisfechas del General Jorge Alberto Medrano, "héroe" de la guerra, y sus diferencias con el presidente Sánchez Hernández, llevaron al primero a fundar su propio partido, el Frente Unido Democrático Independiente (FUDI) y disputar así la presidencia. Por el contrario, la oposición se agrupó sólidamente en la Unión Nacional Opositora (UNO).

Una combinación de factores condicionaron estas elecciones: la apertura política que había predominado en la década anterior, el agravamiento de las problemáticas socio-económicas a raíz de la guerra con Honduras, la división del bloque de poder capital-militares

y sobre todo la unidad de la oposición. Los resultados fueron lógicos, la mayoría de estudios concuerdan en que la UNO ganó, pero el triunfo le fue arrebatado por medio del fraude, era la única vía para que el PCN se mantuviera en el poder.<sup>11</sup> El fraude se repitió en 1977, pero estas acciones tendrían un alto costo político para el PCN; marcaban el inicio de su declive como partido, pero también el agotamiento del proyecto reformista que venía impulsado desde los años cincuenta.

La década de 1970 inició con malos auspicios para El Salvador. Las secuelas de la guerra con Honduras ya se hacían sentir en el país. La selección nacional fue al Mundial de fútbol en México, pero fue eliminada en la primera ronda. El gobierno organizaba un Congreso sobre reforma agraria no obstante los recelos de la empresa privada. En 1971, la Asociación Nacional de Educadores (ANDES 21 de junio)

11 Un interesante análisis de las elecciones de 1972 aparece en Knut Walter Franklin, "Heridos por la historia: La retórica de la intransigencia, 1972-1979." En *El Salvador. La república*, (Ed.) Alvaro Magaña (San Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2001), 535-40. Según los datos oficiales, el PCN obtuvo 334,600 votos, la UNO 324,756. La diferencia fue de apenas 9,844. Cuánto incidió la división de la derecha se puede apreciar considerando que el FUDI, de Medrano sacó 94,367 votos y el PPS 16,871. *Ibíd.*, 538.

fue de nuevo a la huelga y tensó aún más las relaciones entre gobierno y magisterio. Ya para los años de 1973 y 74 el país resintió el aumento del precio del petróleo, producto de los conflictos en el medio oriente, lo cual golpeó fuertemente a la economía nacional.

En enero de 1970, en San Salvador hubo una serie de asaltos a vigilantes nocturnos, los cuales fueron despojados de sus armas. En la prensa, esos fueron vistos como delincuencia común; en realidad anunciaban una nueva forma de violencia. Eran las primeras acciones de jóvenes organizados que habían decidido buscar el poder por la vía armada y que fueron conocidos como "el grupo". Poco tiempo después, el 11 de febrero de 1971 secuestraron y después asesinaron Ernesto Regalado Dueñas, miembro de una de las familias más poderosas del país. El hecho causó conmoción en el país; las autoridades identificaron a los miembros de "el grupo" como jóvenes universitarios vinculados al ala social cristiana radical del Partido Demócrata Cristiano (PDC).<sup>12</sup>

Aparentemente "el grupo" se desarticuló después de esta primera experiencia. No se supo entonces, pero el 1 de abril de 1970, Salvador Cayetano Carpio (Marcial), anti-

12 Geovani Galeas, *Héroes bajo sospecha. El lado oscuro de la guerra salvadoreña. Parte 1*. (San Salvador: Athena Editores, 2013), 89-92 y 103-12.

guo secretario general del Partido Comunista de El Salvador (PCS), fundó las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). Carpio había tenido diferencias con el PCS, las cuales se agravaron después de la guerra con Honduras; estaba decidido a hacer la revolución por la vía armada, idea que no encajaba con la línea del PCS. La existencia de las FPL no fue conocida públicamente hasta dos años después, cuando explotaron una bomba en la embajada de Argentina. En los años siguientes aparecieron otras dos organizaciones guerrilleras.

De diferentes maneras, la situación del país tendía a complicarse. No era solo el agotamiento de la apertura política de la década anterior; los reflujos autoritarios no eran extraños en el país. Junto a ello, y más grave, el escenario nacional reflejaba: la crisis del modelo de desarrollo, la tozudez de los sectores de poder político y económico a aceptar la realización de reformas que dieran nuevos aires al modelo, y el convencimiento por parte de ciertos grupos — todavía minoritarios — de que nuevas formas de lucha eran necesarias para realizar los cambios.

Aún así, el gobierno de Molina (1972-77) todavía impulsó proyectos en la línea de la modernización; tal fue la construcción de la presa hidroeléctrica del “Cerrón Grande” y del aeropuerto en Comalapa. Molina también le apostó a la reforma agraria. En junio de 1975 se creó el

Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA), un año después se decretó el Primer Proyecto de Transformación Agraria, el cual fue rechazado radicalmente por la empresa privada aglutinada en la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) y el Frente Agrícola de las Regiones de Oriente y Occidente (FARO), al punto que el proyecto fue reformado unos meses después.

Aparentemente Molina estaba dispuesto a hacer la reforma agraria. Esto fue reconocido incluso por Ignacio Ellacuría, que siguió de cerca los eventos. Este afirma que había en el gobierno una disposición real para impulsar la reforma agraria: “No hay por qué dudar que el Ejecutivo deseaba poner en marcha un proceso”. Pero esa disposición fue insuficiente para enfrentar a la empresa privada que rechazó tajantemente la propuesta e impulsó una enorme campaña mediática en contra.<sup>13</sup>

Ellacuría señaló que la derrota del proyecto se debió no solo a la oposición del capital o a la falta de decisión del gobierno y la Fuerza Armada, sino también a que no se buscó más apoyo al proyecto entre los campesinos. Años después, Molina habló de este tema y refiere que tuvo reuniones con los mandos

---

13 Ignacio Ellacuría, “A sus órdenes, mi capital.” *ECA Estudios Centroamericanos*, XXXI, no. 337 (1976): p. 637.

militares, con los comandantes locales y que realizó “grandes concentraciones” con miembros de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) y del PCN. Es decir, Molina apeló a las bases de ORDEN y el PCN, pero llegado el momento decisivo no se atrevió a movilizarlas en defensa del proyecto.<sup>14</sup>

El bloqueo de la reforma agraria mostraba el empecinamiento de los terratenientes en no ceder en sus intereses y la claudicación del PCN y la FAES ante ellos. Aunque el PCN tenía buena parte de su base social en el campo, esos campesinos no se movilizaron. Sin embargo, otra parte del sector campesino, ligado a la pastoral eclesiástica de Vaticano II, intensificó su trabajo de organización. En la medida en que eran perseguidos y reprimidos se fueron radicalizando. Para la segunda mitad de la década de 1970, las principales organizaciones campesinas eran la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FEC-CAS) y la Unión de Trabajadores del Campo (UTC) que fueron parte del beligerante Bloque Popular Revolucionario (BPR), frente de masas de las FPL.

### **Monseñor Romero a finales de la década de 1970**

Agotamiento de la apertura política, imposibilidad de realizar reformas

y creciente movilización popular. Tal era la situación del país cuando Óscar Arnulfo Romero fue nombrado arzobispo, el 3 de febrero de 1977. Antes había sido obispo de Santiago de María. No desconocía los problemas del país y de los campesinos, pero los entendía desde una lógica cristiana tradicional. Sensibilidad social no le faltaba, pero pensaba que como obispo debía ver los problemas “desde la profundidad de la fe. No es su competencia, ni su tarea ser un sociólogo, un economista o un politólogo”.<sup>15</sup> Aún así, era consciente de la pobreza y necesidades de su grey, y de los abusos que terratenientes y autoridades cometían, al grado que denunció esos abusos en las instancias correspondientes.

Romero tomó posesión de su nuevo cargo el 22 de febrero, justo en el contexto de las fraudulentas elecciones que llevaron Carlos Humberto Romero a la presidencia. La oposición desconoció los resultados y se tomó la Plaza Libertad para protestar; el 28 de febrero fueron desalojados por las fuerzas de gobierno con saldo de numerosos muertos y desaparecidos. Este fue un hecho premonitorio de lo que esperaba al Arzobispo en su gestión. Para entonces, Romero era considerado un obispo tradicional, sensible a las necesidades de la población

14 En Waldo Chávez Velasco, *Lo que no conté sobre los presidentes militares*. (San Salvador: Índole Editores, 2006), pp. 193-94.

15 Citado en Roberto Morozzo de la Rocca, *Óscar Romero. La biografía*. (San Salvador: UCA Editores, 2015), 56.

más desvalida, pero alejado de la “Teología de la Liberación” ya bastante esparcida en algunas zonas del país. Su nombramiento como Arzobispo satisfizo a los sectores más conservadores de la comunidad católica y fue mal visto por los progresistas y los radicales. Asumir el arzobispado lo puso en contacto más directo con los grupos que detentaban el poder, pero también con los problemas del país.

Pocos días después, el 12 de marzo, fue asesinado en Aguilares Rutilio Grande, jesuita ligado a la Teología de la Liberación e íntimo amigo de Monseñor Romero. El Arzobispo viajó a Aguilares el mismo día y pasó la noche allí. Tanto lo impactó esa muerte que dispuso que el 20 de marzo celebraría una “misa única” en la Catedral de San Salvador. Dos meses después fue asesinado otro sacerdote, Alfonso Navarro. En ambos casos, Romero exigió al todavía presidente Molina que se investigara e hiciera justicia. Sus peticiones no prosperaron. En consecuencia, Romero decidió no asistir a la toma de posesión del nuevo presidente. El 19 de abril de 1977, las FPL secuestraron a Mauricio Borgonovo Phol, ministro de relaciones exteriores. Después de infructuosas negociaciones con el gobierno, Borgonovo fue asesinado. Romero condenó el secuestro e intentó mediar sin éxito.<sup>16</sup>

16 A lo largo de su gestión, la participación de Romero como mediador en casos de tomas de iglesias

Pero igualmente intervenía en favor de los perseguidos por el gobierno, especialmente los religiosos, “aunque no estuviera de acuerdo con ellos en muchos momentos. Incluso cuando le constaba que un sacerdote estaba involucrado con la guerrilla y que por eso lo tenían preso, él iba a defenderlo, a pedir por su vida. Y decía ‘Si es hijo de la Iglesia, si es un sacerdote’. Defendía a todos, sea quien fuere.”<sup>17</sup>

Estos hechos anunciaban dos tendencias: por un lado el distanciamiento de Romero con el gobierno, por otro, un paulatino acercamiento a quienes sufrían por causa de la vorágine de violencia política. Situación que también marcó su relación con la alta jerarquía católica.

En los dos años siguientes, el quehacer de Monseñor Romero combinó su trabajo con la curia, el cual demandaba numerosas reuniones de trabajo y su relación con la feligresía y las organizaciones populares. Con estas últimas, su trabajo estuvo marcado por su lucha por la defensa de los derechos humanos, pero también por su preocupación porque las personas organizadas — la mayor parte de ellas

---

y embajadas, y de secuestros fue recurrente. Por desgracia no siempre tuvo éxito debido a la intransigencia de las partes involucradas.

17 José Jorge Simán, *Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez. Un testimonio*. (San Salvador: S/e, 2007), 23.

cristianas — no absolutizaran su ideología e hicieran de la revolución su valor máximo; tarea en la que no siempre tuvo éxito. Refiere en su diario que el 14 de abril de 1978, tuvo una reunión con miembros del BPR que se habían tomado la catedral en protesta por la represión gubernamental en el departamento de Cuscatlán. “Se les ha llamado la atención, ya que la Iglesia no quiere confundirse con ninguna actividad de carácter meramente partidista.”

Romero comisionó a Monseñor Revelo para que intercediera ante el Presidente y lograr que se garantizara la seguridad de los organizados en sus lugares de origen. Después de las gestiones, Romero fue a Catedral y habló con los ocupantes. “Se nota en ellos que no hay mal espíritu contra la Iglesia, pero que tampoco les interesan mucho los intereses de la Iglesia en cuanto a su celebración del domingo y que prefieren sus intereses del grupo de organización que tienen.” Como la toma se prolongó, la misa del 16 de abril la celebró en la iglesia del Rosario. Catedral fue desocupada el martes 18; sin embargo, Romero escribió en su diario: “Yo temo por ellos, las represalias que puede haber en el camino o al llegar a sus cantones. ¡Dios quiera que no!”. Sus temores eran fundados. El 26 de abril cenó con “hermanas que trabajan en las comunidades” y que habían viajado a San Pedro Perulapán, quienes le informaron

“de la desolación la angustia, la aflicción, el temor que ha quedado como consecuencia de los atropellos que allá han hecho elementos del ejército y de ORDEN reprimiendo todo intento de organización de aquellos pobres campesinos.”<sup>18</sup>

En agosto de 1978, Monseñor Romero y Monseñor Arturo Rivera y Damas publicaron la carta pastoral “Iglesia y organizaciones políticas populares”, muy reveladora sobre el momento histórico que vivía el país y la manera cómo estos pastores planteaban el papel que a su juicio debía jugar la Iglesia Católica. En realidad, la carta se centra en el tema de las organizaciones campesinas, partiendo de la premisa de la marginación a que este sector había estado sometido, “nos preocupa la indiferencia que en muchos sectores urbanos se siente ante la miseria campesina”, decían en la introducción de la carta.

Reconocían el derecho a organizarse como parte esencial de los derechos humanos, denunciaban que ese derecho había sido negado históricamente a los campesinos y que esa negación había conducido a la violencia, en tanto que gobierno, terratenientes y organizaciones paramilitares los perseguían y reprimían. Afirmaban la justeza de muchas de las demandas de los

---

18 Óscar Arnulfo Romero, *Monseñor Óscar A. Romero. Su diario*. (s/l: Biblioteca Virtual Universal, 2003), 17 y 24.

campesinos organizados, pero advertían que:

“si algunos cristianos, habiendo sido motivados en un principio por su fe cristiana para tomar un compromiso en favor de los pobres, lamentablemente perdieron la fe, y la consideran ahora sin valor, los exhortamos a toda la sinceridad y a no utilizar una fe, que ya no tienen, para conseguir sus objetivos políticos por más justos que fueran.”<sup>19</sup>

Romero y Rivera reconocían el derecho a la organización, entendían que en el país los campesinos y otros sectores habían sido sistemáticamente excluidos de la organización, y que si lo hacían se exponían a la persecución. Eran conscientes también de la justeza de las reivindicaciones de esos grupos de excluidos, pero seguían celosos de que esos compromisos políticos no fueran absolutizados y atentaran contra la fe cristiana. Para ellos, la fe y la fidelidad a la Iglesia eran los valores fundamentales.

Sin embargo, estos jerarcas religiosos no podían obviar el problema de la violencia política que ya desangraba el país. En la carta hacen una clasificación de los diversos tipos de

violencia. Inician con la “violencia institucionalizada”, la que se expresa en “el sistema socio-económico y político” y lleva a una situación de injusticia a la mayoría de la población. Paralela a la primera ubican la “violencia represiva del Estado”, que trata de contener las demandas populares “sofocando violentamente cualquier manifestación de protesta ante la injusticia”. El tercer tipo de violencia es la revolucionaria, que ellos prefieren llamar “sediciosa o terrorista”, “ya que el término revolucionario no siempre tiene un sentido peyorativo como el que aquí deseamos definir”. Esta suele manifestarse como “guerrilla o terrorismo y equivocadamente es pensada como el último y único modo eficaz para cambiar la situación social.” Luego hablan de la violencia espontánea que es la respuesta inmediata de grupos o personas cuando “son atacadas violentamente al hacer uso de sus derechos legítimos como: reclamos, manifestaciones, huelgas justas, etc.” Señalan que esta es producto de la desesperación; es decir, no es planificada como la anterior. Agregan la “violencia en legítima defensa” que no se diferencia mucho de la espontánea. Y terminan con la “Violencia de la no violencia” de tintes evangélicos que manifiesta una fuerza moral “que deja moralmente vencido y humillado al agresor”. A pesar del sesgo evangélico de esta última, apenas es esbozada en la carta.<sup>20</sup>

19 Monseñor Óscar A. Romero y Monseñor Arturo Rivera y Damas. Carta Pastoral, “Iglesia y organizaciones políticas populares”. En Rodolfo Cardenal et al., (Eds.), *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Óscar Arnulfo Romero* (San Salvador: UCA Editores, 1986), 110.

20 *Ibíd.*, 114-16.

Después de la tipología plantean la posición de la Iglesia. En principio, esta condena la violencia, pero admite la violencia en legítima defensa (que en su texto es muy similar a la espontánea), bajo ciertas condiciones: que no exceda a la agresión recibida, que se recurra a ella después de haber agotado los medios pacíficos posibles y que no produzca una violencia mayor. Se condena la violencia institucionalizada, la represiva del Estado, la terrorista “y toda forma de violencia que pueda provocar una legítima defensa también violenta”. Conceden que los textos de Medellín reconocen la legitimidad de una insurrección por “tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona”.<sup>21</sup> Prudentemente, no hacen ningún comentario sobre la validez de la insurrección, según las condiciones que vivía el país en esos momentos. Vale decir que esta omisión es superada en los textos y homilías de Romero en el contexto del golpe de Estado de octubre de 1979, en los que reconoce que efectivamente el derrocamiento del gobierno era justificado.

Romero y Rivera fueron tajantes al repudiar “esa violencia fanática que casi se hace ‘mística’ o ‘religión’ de algunos grupos e individuos.” Mucha violencia había en el país entonces; pareciera que los autores simplemente generalizaban

el fenómeno. Pero inmediatamente agregan: “Endiosan la violencia como fuente única de justicia y la propugnan y practican como método para implantar la justicia en país. Esta mentalidad patológica hace imposible detener la espiral de la violencia y colabora a la polarización extrema de los grupos humanos.”<sup>22</sup> La alusión a las organizaciones de izquierda es clara, pues obviamente para entonces la derecha reaccionaria no estaba por la implantación de la justicia.

Los pastores finalizaban haciendo un llamado a los diferentes sectores del país para que coadyuvaran a evitar la intensificación de la violencia. Advertían a los ricos “que solo compartiendo en justicia y hermandad con los que no tienen pueden cooperar al bien del país”; a los partidos y “organizaciones populares”, a que “sepan poner la preocupación por la mayorías pobres por encima de sus propios intereses”. Finalizaban llamando al gobierno cambiar su actitud y accionar respecto al campesinado: “cesen ya de amedrentar al campesinado y pongan fin a esa trágica situación de enfrentamiento entre campesinos, explotando su pobreza para organizar a unos al amparo del gobierno y perseguir a otros por organizarse para buscar su subsistencia y sus derechos”.<sup>23</sup>

El final de esta carta pastoral

---

21 *Ibíd.*, 117.

---

22 *Ibíd.*, 118. El énfasis es mío.

23 *Ibíd.*, 120.

coincide mucho con el de las homilías de Romero. Ya fuera en sus documentos o en sus homilías, Romero hacía un análisis largo y minucioso de los problemas del país, análisis que develaba la comprensión que el Arzobispo tenía de la realidad social, así como de las contradicciones y excesos de los actores del drama nacional. Sin embargo, Romero no podía obviar que la mayor responsabilidad recaía en los grupos de poder económico y el gobierno, como bien se muestra en la carta pastoral analizada. De ahí que se dirigiera a ellos, de manera tan vehemente y recurrente, en el final de sus alocuciones y escritos.

Conforme pasaba el tiempo era claro que el gobierno de Carlos Humberto Romero no tenía futuro. No es de extrañar entonces que diversos grupos comenzaran a considerar la posibilidad de derrocar a Romero, sobre todo después de la caída de Somoza en julio de 1979, pues era lógico que pensar que el triunfo de los sandinistas tendría efectos inmediatos en El Salvador. El golpe de Estado se dio el 15 de octubre, por medio de una variopinta y volátil alianza entre militares y civiles, determinada por el hecho de solo los militares estaban en posibilidad de echar abajo al gobierno, pero dadas las condiciones de agitación política, necesitarían de los civiles para gobernar con mínimas posibilidades de éxito.<sup>24</sup>

24 Existen diferentes versiones de los protagonistas del golpe, véa-

La proclama de la Fuerza Armada que acompañó al golpe, y la conformación de la primera Junta de Gobierno crearon un breve periodo de esperanza para el país; todavía era posible evitar una confrontación mayor mediante las reformas y el cese a la represión. Así lo vio Monseñor Romero, que por casi dos meses aprobó el cambio de gobierno y pidió a la población y sobre todo a las extremas que dieran un compás de espera, a fin de comprobar si la Junta podía impulsar los cambios.

Romero simplemente pedía moderación y cordura, pero esas actitudes no eran muy apreciadas en aquellos días. La derecha más reaccionaria no iba a apoyar a un gobierno que anunciaba reformas que atentaban contra sus intereses económicos y políticos. La izquierda tampoco; no quería reformas, sino revolución. Por lo tanto, Monseñor Romero sufrió el rechazo de ambas. A inicios de noviembre de ese año, intentó recapitular y aclarar su actuación:

---

se por ejemplo, Rodrigo Guerra y Guerra, *Un golpe al amanecer*. (San Salvador: Índole Editores, 2009); y Adolfo Majano, *Una oportunidad perdida: 15 de octubre 1979*. (San Salvador: Índole Editores, 2009). Una interesante narrativa de esos días aparece en Rafael Menjívar Ochoa, *Tiempos de locura: El Salvador 1979-1981*. (San Salvador: FLACSO, Programa El Salvador, 2008).

Llamé en concreto a los dos extremismos. Al extremismo de derecha, que ve sus privilegios en peligro, y que puede dar un contragolpe de derecha para mantener la situación injusta, diciéndoles que tienen que oír la voz de la justicia y el reclamo de los pobres... También me dirigí al extremismo de izquierda para decirles que es imprudencia, el no esperar a ver hechos antes de dar un juicio — y mucho más grave todavía — actuar.<sup>25</sup>

El 11 de noviembre volvió sobre el tema, comentando sobre el llamado al diálogo del nuevo gobierno: “Cuando algunos han dicho que ya la Iglesia no tiene nada que decir, que ya traicionó al pueblo, la están calumniando... Hoy la guerrilla y todo aquello que siembra violencia, clandestinidad, está fuera de puesto cuando se les está llamando al diálogo abierto”.<sup>26</sup>

Hacia rato que el Arzobispo era mal visto por la derecha; lo que variaba, según el sector de derecha que hablara, era el tono del rechazo. Y no obstante sus prevenciones respecto a la izquierda, era claro que las organizaciones de masas lo respetaban y admiraban. Otra cosa era

la opinión de la dirigencia y militancia de izquierda más radicalizadas. “La petición que hizo Romero, de tener paciencia y no obstaculizar el trabajo de la Junta, era un revés para todos aquellos que veían en el golpe de Estado un desesperado y vano intento de evitar la revolución justiciera. Romero, que tantas amenazas de muerte había recibido de la derecha, recibió nuevas amenazas, ahora de la izquierda.”<sup>27</sup>

Las diferencias entre Romero y la izquierda radical no eran nuevas, como bien se puede notar al leer su diario, homilías y cartas pastorales. Así como las organizaciones eran intransigentes en sus posicionamientos político-ideológicos, Romero lo era en cuanto a su rechazo a la violencia y la absolutización del proyecto revolucionario. Sin embargo, el tema de los pobres y la represión política atemperaban la cuestión y el arzobispo terminaba reconociendo que no obstante sus exabruptos ideológicos, la lucha de

25 Monseñor Romero, homilía del 4 de noviembre de 1979. En Cardinal et al., (Eds.), *La voz de los sin voz*, 379.

26 Monseñor Romero, homilía del 11 de noviembre de 1979. En *Ibíd.*, 418.

27 Morozzo de la Rocca, *Óscar Romero. La biografía*. 196. Es difícil establecer cuántas amenazas de muerte recibió Romero, pero si es claro que la mayor parte procedían de la derecha. Morozzo, señala dos casos puntuales de amenazas provenientes de la izquierda; una del ERP y otra de una supuesta “Brigada Anastasio Aquino”. Roberto Morozzo de la Rocca, *Monseñor Romero. Vida, pasión y muerte en El Salvador*. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2010), 381.

las organizaciones de izquierda era justificada. Pero al apoyar el golpe de Estado y el proyecto de reformas, Romero tensó sobre manera su relación con la izquierda, lo cual le valió acres críticas de esta. Tan fuerte fue el choque que Monseñor se refirió a ello dejando ver cuánto le afectaba:

Como pastor tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aún cuando ellas desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones. Pero así también, quiero mantener mi autonomía para criticar todos sus abusos... Las fuerzas organizadas son poderosas en una sociedad y lo pueden todo cuando son capaces de dialogar. Pero también disminuyen las fuerzas cuando son fanáticas y no quieren oír más que su propia voz.<sup>28</sup>

### En vísperas del martirio: El Salvador en 1980

“Durante ochenta días, es decir, mientras duró, Romero apoyo a la Junta. Creía que el nuevo Gobierno sería realmente capaz de devolver la paz al país y poner en marcha un

proceso de justicia”<sup>29</sup>, eso dice Roberto Morozzo, muy conocedor del Arzobispo. Pero al igual que muchos salvadoreños, ya para inicios de 1980, Monseñor Romero había perdido las esperanzas de que el movimiento reformista de octubre de 1979 pudiera cambiar el rumbo del país. Había señales inequívocas de que gobierno y FAES tendían cada vez a la derecha y se distanciaban de las demandas populares, aunque mantuvieran su retórica reformista.

Y es que ciertamente se mantenía la disposición a implementar las reformas anunciadas en la proclama de la FAES de octubre de 1979. De hecho se comenzaron a ejecutar en el transcurso de 1980. Pero, cada vez era más evidente que esas reformas buscaban preferentemente debilitar al proyecto revolucionario de izquierda, a la vez que se intensificaba la represión contra las organizaciones populares en la que participaban cuerpos de seguridad, paramilitares, escuadrones de la muerte y ejército.

Y es que para Monseñor Romero, a inicios de la década de 1980, en El Salvador se enfrentaban tres

---

28 Monseñor Romero, homilía del 16 de diciembre de 1979. En *Día a día con Monseñor Romero*. (<http://www.servicioskoinonia.org/romero/varios/RomeroOscar-DiaADiaConMonsRomero.pdf>, 2003), 74.

---

29 Morozzo de la Rocca, *Monseñor Romero. Vida, pasión y muerte*. 372. No debe olvidarse, que el apoyo de Monseñor a la Junta estuvo condicionado al respecto de los derechos humanos y la realización de las reformas anunciadas en la proclama de la FAES del 15 de octubre de 1979.

“proyectos económico-políticos”: uno oligárquico, que “pretende impedir que se lleven adelante reformas estructurales que afectan sus intereses pero favorecen a la mayoría de los salvadoreños”, y que mediante presiones de diverso tipo busca mantener una “estructura económica-oligárquica evidentemente injusta y que ha llegado a ser insoportable”. El segundo proyecto era el gubernamental, impulsado por la Fuerza Armada y el PDC, con una aparente tendencia “popular antioligárquica”, y que impulsaba una serie de reformas estructurales, pero que “ha sido incapaz de aglutinar a los sectores, organizaciones populares, y se ha dedicado más bien a reprimir y masacrar en forma indiscriminada y desproporcionadamente a los campesinos y otros sectores del pueblo.” Por último, se refería al proyecto de las “organizaciones populares y político-militares”, que percibía en proceso de unificación con miras a formar “una amplia y poderosa unidad de fuerzas revolucionarias y democráticas”<sup>30</sup>. A este último, Romero le había cuestionado en varias ocasiones su radicalismo en lo que él llamaba “absolutización del poder”, que tendía a hacer del tema político, y específicamente, “la toma del poder” la dimensión principal de la vida individual o grupal. “Una

organización corre el peligro de absolutizarse y convertirse en idolatría, cuando las ideologías ateas o los mezquinos intereses de grupo la hacen perder... el ideal del bien común del país.”<sup>31</sup>

Romero dejó bien clara su posición al respecto: rechazaba el proyecto oligárquico porque solo trataba de defender privilegios y riqueza y se negaba a compartir, señalaba que esa intransigencia alejaba cada vez más “la posibilidad de resolver la crisis estructural de forma pacífica”. Del proyecto gubernamental aceptaba la pertinencia de las reformas en marcha, pero rechazaba el uso excesivo de la violencia, “no puede estabilizarse jamás un Gobierno que, junto a sus promesas de cambio y justicia social” reprime indiscriminadamente a la oposición. Por último, pedía al proyecto de las organizaciones de izquierda que construyera una amplia unidad que buscara realmente el bien del país y “trate de evitar al máximo la violencia, la venganza y todas esas actividades que extienden o intensifican el derramamiento de sangre”.<sup>32</sup>

En esa homilía, Monseñor Romero mostraba dramáticamente el escenario en que se montaba la tragedia de los años ochenta. Las reformas eran rechazadas por la iz-

30 Monseñor Romero, homilía del 20 de enero de 1980. Cardenal et al., (Eds.), *La voz de los sin voz*, pp. 237-38.

31 Monseñor Romero. “Cuarta carta pastoral”, seis de agosto de 1979. *Ibíd.*, p. 149.

32 Monseñor Romero, homilía del 20 de enero de 1980. *Ibíd.*, p. 238-39.

quierda y la derecha más radicales. Extraña situación en que los opuestos confluyen, aunque lo hicieran por diferentes razones. Romero no dudaba de la necesidad de hacer las reformas, lo que no aceptaba era la incapacidad del gobierno para controlar a las fuerzas represivas y reaccionarias, enquistadas en los cuerpos de seguridad y el ejército, o ligadas a estructuras paramilitares, que reprimían, desaparecían o asesinaban a miembros de la oposición, de las organizaciones populares, de la guerrilla o a cualquier sospechoso de ser militante o simpatizante de ellas. La izquierda actuaba en consecuencia, y ponía de su parte, con lo cual la vorágine de violencia aumentaba.

No es de extrañar entonces que en los primeros meses de 1980, las denuncias de Romero en contra de los excesos de las extremas se intensificaran. Sus homilías se volvieron más críticas y sus demandas de justicia y respeto a los derechos humanos se acrecentaban, sin que obtuviera respuestas. Y si bien los altos funcionarios de gobierno trataban de guardarle el respeto y las formalidades inherentes a su investidura, la extrema derecha denostaba en su contra por cuanto medio tenía a su mano. Por su parte las organizaciones de izquierda asumían que las denuncias contra la derecha legitimaban su accionar.

Como ya se dijo, fue en esos meses que las denuncias en las homilías de Romero llegaron a su

punto más alto, especialmente en sus párrafos finales. El problema es que se ha vuelto costumbre citar esas frases, con lo cual se da una imagen sesgada de su ministerio y pensamiento. ¿Quién dudaría de la oposición de Romero a la Junta Revolucionaria de Gobierno y a la Fuerza Armada, a partir de los párrafos finales de su homilía del 23 de marzo de 1984?: “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡cese la represión!”<sup>33</sup> El tono imperativo con que el Arzobispo cerraba esa homilía parece contundente. Sin embargo, en esa homilía (y en todas las suyas) Romero había hablado de muchos otros temas. No debiéramos olvidarlo.

En dicha homilía Romero reiteraba su condena a la violencia, pero las circunstancias y su honestidad, lo obligaban a ser tan directo y contundente contra la violencia arbitraria del Estado y la extrema derecha, que en las últimas semanas habían llevado los niveles de represión a su máxima expresión. Hay quienes aseguran que esa homilía fue su condena de muerte. No es cierto, los planes para asesinarlo y los atentados venían desde antes.<sup>34</sup>

33 Monseñor Romero, homilía del 23 de marzo de 1980. En *Día a día con Monseñor Romero*. 95.

34 Por ejemplo, el lunes 10 de marzo de 1980 encontraron una poderoso-

La homilía del 23 de marzo de Monseñor Romero muestra la extrema polarización político-ideológica que vivía el país, de la cual él sería víctima un día después. Su asesinato vino a confirmar que la sinrazón y el fanatismo habían ganado la partida. El telón de la tragedia estaba por correrse.

### Epílogo

Monseñor Romero fue asesinado el 24 de marzo de 1980 mientras oficiaba una misa. En 2015 el Vaticano lo declaró beato; y en 2018, santo. Para que esos reconocimientos fueran posibles debieron pasar casi tres décadas y fue necesario que muchas cosas cambiaran en el Vaticano y en El Salvador. Es innegable que su muerte y su santificación tienen significados políticos.

Después de veinte años de gobiernos de derecha, en 2009 el FMLN ganó las elecciones presidenciales. Que la izquierda ascendiera al poder por la vía democrática y lo revalidara en 2014 es señal indiscu-

---

sa bomba en la Basílica del Sagrado Corazón, que habría estallado el día anterior, mientras Monseñor celebraba una misa en sufragio de Mario Zamora. El mecanismo detonador falló. "La bomba estaba puesta junto al altar de Santa Marta y fue desactivada por policías expertos, que dijeron, que el potencial hubiera acabado con toda la Basílica." Romero, *Monseñor Óscar A. Romero. Su diario*. 324.

tible de cuánto ha cambiado el país respecto a la década de 1980. Evidente es también que los aires de renovación que el Papa Francisco ha llevado al Vaticano tienen mucho que ver con la reactivación y desenlace de la causa de Romero.

Esa santificación es un reconocimiento a la vida y magisterio de un sencillo hombre de fe, que asumió su responsabilidad como hombre y pastor y fue capaz de llevar sus convicciones hasta las últimas consecuencias. Amado por unos, odiado por otros, mal comprendido por muchos, Monseñor Romero subsume en su persona las profundas contradicciones de la sociedad salvadoreña. Contradicciones que nos llevaron a la guerra civil, las cuales se intentó resolver con el Acuerdo de paz, pero como la Hidra de Lerna resurgieron en la post guerra, adoptando otras manifestaciones, pero manteniendo su irracionalidad y desprecio por la vida humana.

Su voz, que mentes fanáticas intentaron acallar, tiene mucho que decirle al país hoy en día. Pero para que esa voz dé frutos, es preciso distanciarse de visiones estereotipadas y acomodadas al gusto de quienes lo vean y volver al pensamiento de Romero. Para ello es necesario aceptar su pensamiento incómodo; aquel que cuestiona radicalmente al rico por su avaricia y su apego al poder, porque ve al trabajador como simple fuente de riqueza y al pobre como origen de

problemas. Sin olvidar que la "opción preferencial por los pobres" de Romero no era un cheque en blanco. Sin renunciar a su amor por los pobres, Romero los conminaba constantemente a la conversión, pues el solo hecho de ser pobre no libera al hombre de sus pecados y sus responsabilidades.

En aquellos años, los religiosos católicos parecían haberse dividido en dos bandos: por un lado, los que apegados al espiritualismo y quizá también a cierto conservadurismo hacían énfasis en el pecado individual, y pugnaban por una conversión sacramental, ajena a la realidad social. Estos estaban más cercanos a los grupos de poder y eran contrarios a las organizaciones populares y organizaciones político militares de izquierda. Por otro, los que habían asumido radicalmente las ideas de la Teología de la Liberación, e insistían en combatir el pecado social, la injusticia estructural, por ello acompañaban a las organizaciones populares en sus luchas. Monseñor Romero, fiel a su magisterio, no podía estar ni con unos ni con otros. Con igual vehemencia condenaba el pecado individual y el pecado social.

Romero era consciente de que el conflicto que en aquellos años desangraba al país era en buena medida una disputa por el poder. En diciembre de 1978, haciendo eco de los textos de Medellín, Romero decía: "De nada sirve cambiar estructuras, si no tenemos hombres nue-

vos que manejen esas estructuras". Sin ser tan ambiciosos, bien podríamos llevar sus reflexiones a nuestros avatares políticos y los cambios de hombres y partidos en el poder; si no hay un verdadero cambio de formas de pensar y actuar, "lo que tendremos serán nuevos ricos, nuevas situaciones de ultraje, nuevos atropellos".<sup>35</sup> Por actuales, esas palabras debieran resonar en nuestra mente cada día, especialmente en la de aquellos que se digan seguidores de Monseñor.

## Bibliografía

- Almeida, Paul. *Olas de movilización popular: Movimientos sociales en El Salvador, 1925-2010*. San Salvador: UCA Editores, 2011.
- Bulmer Thomas, Víctor. *La economía política de Centroamérica desde 1920*. San José: BCIE-EDUCA, 1989.
- Cardenal, Rodolfo, et al., (Eds.) *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Óscar Arnulfo Romero*. San Salvador: UCA Editores, 1986.
- Chávez M., Joaquín. "Catholic Action, the Second Vatican Council, and the Emergence on the New Left in El Salvador

---

35 Monseñor Romero, Homilía del 3 de diciembre de 1978. En Cardenal et al., (Eds.), *La voz de los sin voz*, 321.

- (1950-1975)." *The Americas*, 70, no. 3 (2014): 459-87.
- Chávez Velasco, Waldo. *Lo que no conté sobre los presidentes militares*. San Salvador: Índole Editores, 2006.
- Dada Hirezi, Héctor. *La economía de El Salvador y la integración centroamericana, 1945-1960*. San Salvador: UCA Editores, 1978.
- Día a día con Monseñor Romero*. <http://www.servicioskoinonia.org/romero/varios/RomeroOscar-DiaADiaConMonsRomero.pdf>, 2003.
- Ellacuría, Ignacio. "A sus órdenes, mi capital." *ECA Estudios Centroamericanos*, XXXI, no. 337 (1976): 636-43.
- Galeas, Geovani. *Héroes bajo sospecha. El lado oscuro de la guerra salvadoreña. Parte 1*. San Salvador: Athena Editores, 2013.
- Guerra y Guerra, Rodrigo. *Un golpe al amanecer*. San Salvador: Índole Editores, 2009.
- Lindo Fuentes, Héctor y Erik Ching. *Modernizing Minds in El Salvador. Education Reform and the Cold War, 1960-1980*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2012.
- López Bernal, Carlos Gregorio. "De las reformas a la revolución postergada: la historia de El Salvador en el siglo XX." *Cua-*
- dernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 14, no. 1 (2017): 1-22.
- Majano, Adolfo. *Una oportunidad perdida: 15 de octubre 1979*. San Salvador: Índole Editores, 2009.
- Menjívar Ochoa, Rafael. *Tiempos de locura: El Salvador 1979-1981*. San Salvador: FLACSO, Programa El Salvador, 2008.
- Morozzo de la Rocca, Roberto. *Monseñor Romero. Vida, pasión y muerte en El Salvador*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2010.
- . *Óscar Romero. La biografía*. San Salvador: UCA Editores, 2015.
- Romero, Óscar Arnulfo. *Monseñor Óscar A. Romero. Su diario*. s/l: Biblioteca Virtual Universal, 2003.
- Simán, José Jorge. *Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez. Un testimonio*. San Salvador: S/e, 2007.
- Slutsky, Daniel y Marco Virgilio Carías. *La guerra inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1971.
- Turcios, Roberto. *Autoritarismo y modernización: El Salvador 1950-1960*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003.

———. *Rebelión. San Salvador 1960*. San Salvador: CENICSH-MINED, 2017.

Walter Franklin, Knut. "Heridos por la historia: La retórica de la intransigencia, 1972-1979."

En *El Salvador. La república*, (Ed.) Alvaro Magaña, 532-65. San Salvador: Fomento Cultural Banco Agrícola, 2001.